

III

EL SECRETO DE BEBELLA.

De resultas y como consecuencia de esta mision que les habia impuesto la condesa de Monte-Cristo, mision aceptada con alegría por ellas, era por lo que Hortensia y Celina se hallaban en casa de madama Gosse.

Se trataba de reparar el mal que una y otra habian causado á Loredano, volviendo á procurarle un afecto y un apoyo á aquella alma turbada y desfallecida bajo el peso de su doble abandono.

Apoyo y afecto que Hortensia habia tenido la tierna y feliz idea de hacérselo encontrar en Liliás, para que, como un ángel de misericordia, esta niña curase al mismo tiempo así las llagas de Loredano como las suyas propias.

La carta de Celina al conde de Puysaie nos ha dado á conocer que aquella no habia retrocedido ante la generosa supercheria que se le pedia hiciese, para lograr que Liliás fuese admitida en la casa del conde.

Mas para que esta generosa trama fuese bien urdida, era preciso contar con el concurso de madama Gosse.

En todas las mentiras bien arregladas, hay su parte de verdad mas ó menos alterada. Así de esta manera, cuando llega á sospechase alguna cosa y se va á buscar el origen, se encuentra siempre la confirmacion de la mentira misma.

Madama Gosse habia, en efecto, sido como la tutora de la hermana de Celina, y si al conde le ocurrian algunas dudas acerca de esto, un día ú otro se le podria dar la prueba de ello fácilmente.

No era probable que en tal caso quisiese llevar la investigacion hasta ese extremo, ni se preocupase de la verdadera edad de esta niña hermana de Nini, puesto que esta era todavía bastante jóven para que tuviese una hermanita de ocho años.

Faltaba solo el conseguir que la buena mujer Gosse se decidiese á consentir en esta sustitucion de una de sus pupilas por la otra, de Liliás por Ursula.

La buena mujer, segun ha podido ya juzgarse, no era de las mas escrupulosas, y el cebo de la ganancia la hacia pasar muy fácilmente por encima de muchas cosas; pero el último negocio que habia traficado con M. Gigant la habia hecho volverse algo desconfiada.

Empezaba á comprender lo peligrosas que eran ciertas maniobras, en las que, por mas buenas y generosas que fuesen las intenciones con que se hacian, la justicia encontraria quizás algo reprehensible; pues como no hay secreto, por muy guardado que esté, que no llegue á descubrirse algun día, la antigua comadrona temia horriblemente la indiscreta curiosidad de la justicia.

Contaba con algunos ahorros que le bastaban para satisfacer sus gustos moderados, y temia comprometer, por un exceso de ambicion, sus rentecillas y sus botellitas de anisete y de perfecto amor.

De modo que aun cuando reconociese en Hortensia á la madre de Liliás, y aunque Celina le probase de una manera incontestable que ella era la hermana de Ursula, madama Gosse se resistia con todas sus fuerzas á prestar su concurso á la combinada sustitucion en que aquellas dos consentian.

Hortensia y Celina habian hecho, cada una de ellas separadamente, muchos esfuerzos con la « adorada Bebella », pero todos inútilmente. A la una le habia respondido: « Si la hermana consiente; » á la otra le habia dicho: « Si la madre es del mismo parecer. »

Y hoy que la madre y la hermana venian juntas para hacer un esfuerzo comun, perseguida hasta su último atrinchamiento, la partera respondia aun:

— No; es imposible.

Y este día era aquel en que las comadres, al acecho, habian visto subir juntas á las señoras de los dos velos negros.

No habian vacilado en venir juntas, fiadas en la promesa que madama Gosse les habia hecho por separado á cada una de ellas. — La carta de Nini á Loredano habia sido enviada ya á su destino, y el conde podia venir de un momento á otro y reclamar á Liliás, y héte aquí que hallándose ya muy cerca de conseguir el objeto, esta testaruda comadrona iba á echarlo á perder todo.

Ruegos, súplicas, promesas, todo era inútil, y hasta fué en vano que Nini Moustache sacase y pusiese á la vista, sobre la mesa, veinte billetes de mil francos cada uno, nuevecitos.

Los preciosos trocitos de papel fascinaban á la buena partera, que no podia separar la vista de ellos; pero á pesar de esta fascinacion, turbada y vacilante, continuaba diciendo:

— No puedo; yo no puedo. Ya he hecho bastante, demasiado, y me comprometeria.

En este momento, se abrió la puerta despacito y se volvió á cerrar lo mismo, y una voz firme exclamó:

— Madama Gosse tiene razon.

Y reforzada con este nuevo auxiliar inesperado, Bebella repitió con mayor energia:

— No puedo, no puedo.

Hortensia y Celina se volvieron vivamente hácia este recién llegado, que á hurtadillas les dirigió una sonrisa de inteligencia y les hizo una guiñada casi imperceptible, sin que madama Gosse lo advirtiera.

Y como las dos estaban ya iniciadas en los misterios de la condesa de Monte-Cristo, comprendieron que todo se arreglaría segun su deseo.

Esta era la hora en que las curiosas vecinas acababan de ver entrar al buen mozo José, sin llamar ni hacer ruido, y se estaban comunicando mutuamente las caritativas reflexiones que dejamos insinuadas mas arriba.

— Madama Gosse tiene razon, repitió José, en no querer que la justicia tenga por qué mezclarse en sus negocios.

— En efecto, repitió Celina, que no comprendia aun el objeto de José, pero que adivinaba por instinto que era preciso decir y apoyar lo mismo que él decia.

Esta conformidad tan repentina le produjo cierta desconfianza, y paseando sus ojos de Celina á José y de José á Celina alternativamente, madama Gosse, algo turbada, estaba esperando.

— Madama Gosse, continuó José no sin cierta ironía, está en su derecho negándose á apoyar una mentira que lastima su delicadeza, y yo no creo, señoras, que tengais intencion de violentar su conciencia.

Esta señora es libre, absolutamente libre, y nadie de los que estamos presentes, — estoy seguro de ello, — querria verla comprometerse de mala gana en una intriga de esta naturaleza.

— Sin duda alguna, dijo Nini Moustache.

Madama de Puysaie, por su parte, hizo tambien un gesto de asentimiento.

— ¿Qué pasada van á jugarme? pensaba entre sí misma madama Gosse.

— Solamente que...

— ¡Ah! hé aquí el cuento, se dijo la partera.

— Solamente que puesto que madama Gosse se niega á mezclarse en lo sucesivo en nuestros asuntos, — lo cual, como he dicho, tiene el derecho de hacer libremente, — justo es tambien que se desempeñe enteramente con nosotros.

Celina empezaba á comprender; y tambien madama Gosse.

— A la señora, continuó José, se le han confiado dos niñas: la una, Liliás, ha sido devuelta religiosamente á su madre, en cuanto la ha reclamado. La otra, la hermana de la señora, de menor edad todavía, ha quedado bajo la tutela de madama Gosse; que madama Gosse devuelva Ursula á su hermana, y no nos volverá á ver jamás con el fin de hacerla nuestro cómplice.

El golpe era rudo. La buena comadrona abrió los ojos desmesuradamente, y á pesar de haberse quedado con la boca abierta, no pudo encontrar la palabra sino al cabo de algunos momentos.

— Pero... ya sabeis... que...

— Yo no sé nada, la interrumpió José muy secamente; yo no sé mas sino que una jóven llamada Ursula, que todo el barrio conocia como yo, os habia sido confiada, y que esta señora, que es su hermana, y como tal su tutora legal, os la reclama; y que por lo tanto es preciso devolvérsela.

— Pero ¿no me habeis tranquilizado vos mismo asegurándome que no estaba en poder de M. Gigant, sino en el vuestro?

— Eso, dijo José sonriéndose, es un secreto de nosotros tres, y no hay nadie mas que vos que pueda hablar de ello. La policia podrá creeros, si gusta, pero me temo mucho que no os dé gran crédito. Hace mucho tiempo que anda siguiendo la pista de esos reclutadores de vicios, de los cuales, bien inocentemente, lo confieso, vos habeis sido uno de sus auxiliares; de modo que con nuestra queja y reclamacion, pondrá la mano encima de toda la madriguera; y el hallazgo

es demasiado bueno para que lo deje escapar así como quiera. Lo que verá únicamente en todo este negocio, sobre el que nosotros solos podriamos ilustrarla, cosa que nos abstendremos de hacer, como debeis suponerlo, ¿quereis que os lo diga, madama Gosse? Pues bien, verá solo el rapto y secuestracion de dos jóvenes menores, de las cuales, la una era una niña. Y digo dos, porque los raptos hicieron caza doble llevándose, al mismo tiempo que á Ursula, á la Pippione.

Y ¿las pruebas? se dirá. Las pruebas saltan á los ojos y están muy manifiestas.

En primer lugar, tenemos la declaracion de ese honrado Luis Jacquemin, á quien se habia comprometido para el negocio en cuestion, en el cual, movido por un escrúpulo de honor, no ha querido tomar parte en los últimos momentos; y lo que no pueda decir Jacquemin, lo dirá Chinela, porque queria mucho á la Pippione, anda buscando sus huellas por todas partes, y si no se ha dirigido á la justicia, debe atribuirse y es debido á los buenos consejos que yo le he dado, movido por vuestro propio interés, y á que no conoce nuestros procedimientos judiciales.

No negareis la importancia de un testimonio semejante, porque Chinela os ha visto por espacio de diez minutos sentada muy tranquilamente en el carruaje que debia llevarse á Ursula, y todos los inquilinos de la casa han notado vuestra ausencia durante toda la noche del doble rapto.

La buena madama Gosse estaba aterrada con la irrefutable lógica de semejantes argumentos.

— Y ¿qué he de hacer? exclamó acongojada.

— ¡Diantre! yo no sé; consultad vuestra conciencia, le replicó José.

Aquel día debia ser sin duda uno de los de mayores sorpresas para los habitantes de la casa de la calle de Rambuteau habitada por los esposos Gosse.

Un elegante carruaje con escudo de armas condales habia venido á pararse delante de la puerta de la casa, y apoyándose sobre el hombro de un lacayo, se apeaba de este coche el conde Loredano de Puysaie, y se dirigia al oscuro pasadizo preguntando por madama Gosse.

Diez vecinas se presentaron á la vez para conducirlo, y la algarabia que armaban al indicar las señas del cuarto era tal, que se oia en toda la escalera, de arriba abajo.

José se asomó corriendo á la ventana, vió el carruaje que una docena de pilluelos pasmados rodeaba y admiraba, y habiéndolo conocido, se volvió precipitadamente hácia la condesa diciéndola y empujándola hácia la pieza inmediata:

— ¡Pronto, pronto! que es vuestro marido.

Madama Gosse, turbada y retorciéndose las manos, exclamaba:

— ¿Qué hacer?... ¡Dios mio! ¿qué hacer?

IV

LA HIJA ADOPTIVA.

¡Ya era tiempo!

Apenas se había cerrado la puerta del cuarto de dormir de madama Gosse, á donde se había refugiado madama de Puysaie, cuando ya se oyó la gritería de las mujeres en la meseta misma de la escalera.

— ¡Madama Gosse! ¡madama Gosse! aqui hay un caballero que pregunta por vos.

José fué á abrir la puerta del cuarto, que, al volverse, le ocultó.

Nini Moustache se quedó de pié en el rincón mas oscuro. Venia de tal manera preocupado el conde, que, al entrar, ni vió á la una ni al otro.

Y dirigiéndose desde luego á la ex-partera :

— ¿Sois vos madama Gosse? le preguntó.

La buena mujer, toda cortada, no respondió sino por medio de un signo afirmativo, acompañado con una profunda y ceremoniosa reverencia.

Las vecinas cuya curiosidad se había avivado en este nuevo incidente, se habían quedado agrupadas en el descansillo y asomaban sus hocicos por los intersticios de la puerta, que había quedado entreabierta; pero José, que lo advirtió, les dió muy bonitamente con ella en las narices.

— ¿No os han confiado, continuó el conde enteramente preocupado con su idea fija, una niña llamada Liliás?

— En efecto, tartamudeó la Gosse.

— Entonces, ¿en dónde está esta niña? servios enseñármela, ó llevarme á donde se encuentre.

La buena mujer permanecía siempre muda y con la boca abierta.

No porque titubease ya entre la mentira que se exigía de ella y el peligro de que le había hablado José, ¡oh! no; pero ¿qué había de responder á la pregunta del conde?

¿Dónde estaba Liliás? ella no lo sabía.

Loredano dando una falsa interpretacion á su silencio, se sonrió.

Creía que la buena mujer desconfiaba de él.

— Tranquilizaos, le dijo, podeis hablar con toda libertad y confianza, y para daros una prueba de que estoy al corriente de todo lo concerniente á esta niña, os diré que es la hermana de una tal Celina Durand, ¿no es cierto? Pues bien, sabed que yo estoy unido á la Celina con profundos lazos de cariño; que ella me ha legado á su hermana, y que si hoy vengo á reclamárosela, es para hacerla dichosa y rica, para hacerla mi hija adoptiva.

Siempre el mismo silencio por parte de la Gosse; ninguna respuesta.

La buena mujer dirigia miradas suplicantes hácia los sitios en que se hallaban Nini Moustache y José, como para decirles :

— ¡Por Dios! sacadme de este atolladero, que yo confirmaré todo lo que vosotros digais.

El conde sorprendió una de aquellas miradas, se volvió hácia aquel lado, y apercibiéndose á Nini Moustache, dió un gran grito y exclamó :

— ¡Vos!... ¡tú!...

Tuvo necesidad de agarrarse á la mesa para no caerse, porque sintió que las piernas le flaqueaban, y la misma Celina, tan pálida y conmovida como él, ni aun pudo venir á sostenerle.

Pero ofreció interiormente este tormento que hubiera querido evitar, á costa de un año de su vida, al Dios que había aprendido á conocer; y sacando valor de su resolucion invencible, fué la primera á reponerse y le contestó :

— Sí, Loredano, yo misma soy; yo que me había hecho el juramento de no volver á veros mas, y que me siento á la vez tan turbada como dichosa de poderos decir de viva voz mi último adios.

— ¿Por qué adios? murmuró el conde.

Pero leyendo en la mirada de Celina una enérgica y decidida voluntad, no insistió, antes bien :

— Teneis razon, dijo; mas vale así.

— Si, repitió Celina, mejor es así, amigo mio; hemos sido bien débiles y bien cobardes uno y otro; rescatemos, pues, por un dia de valor, nuestra mútua cobardía y nuestra debilidad.

Y acercándose á él, apoyó suavemente su mano sobre el hombro del conde.

— Habeis aceptado mi legado, y os doy gracias desde lo mas íntimo de mi corazon, continuó. Hoy me procurais la única, la última alegría que yo sea capaz de experimentar, Liliás...

— ¡Liliás! exclamó el conde : ¡oh! no dudeis, Celina, que la amaré como á mi propia hija, puesto que ella será el último recuerdo que conservaré de vos.

— Gracias, repitió Nini Moustache. Ahora ha llegado el momento de separarnos, y esta vez para siempre. Liliás está educándose en un colegio de Passy, cuyas señas teneis aqui, — y sacó un papel impreso de su bolsillo. — Madama Gosse os acompañará. Debo advertiros que la niña ignora todo cuanto concierne á su familia; no le preguntéis nada acerca de ella; y mas aun, si creéis que una mentira....

— Yo le diré que soy su padre, interrumpió Loredano con ímpetu, y os juro que, en efecto, lo seré realmente.

— Ya lo sé, Loredano, ya lo sé; pero el tiempo urge, y yo quisiera ya verla entre vuestros brazos. Id á buscarla pronto, amigo mio, id, y... ¡adios!

— ¡Adios! repitió Loredano extendiendo los brazos como para retenerla sobre su corazon.

¡Ah! ¡bien hubiera querido precipitarse en ellos; estrechar aquel pecho en donde latía un corazon que tanto la había amado! ¡bien hubiera deseado posar su frente sobre los hombros de su amante y derramar el mar de lágrimas

que inundaban su corazon! pero dirigió una mirada hácia la puerta detrás de la cual se ocultaba Hortensia, y triunfando de su debilidad :

— ¡Adios! exclamó por tercera vez.

Loredano vió que todo había concluido ya entre los dos, y cogiendo por la mano á madama Gosse, la arrastró, por decir así, tal como estaba, sin chal y sin sombrero, hácia la puerta, diciendo :

— Vamos, vamos pronto... venid. Y en seguida se la llevó.

Tan luego como hubieron salido, se abrió el dormitorio, y madama de Puysaie, pálida como una muerta, apareció en el umbral de la puerta.

Rendida por el combate que acababa de sostener, Celina se relorcía los brazos y daba profundos sollozos que, en vano, trataba de sofocar.

Hortensia corrió hácia ella y besándola en la fente :

— Gracias, hermana mia, la dijo.

Todos los vecinos de la casa se habían asomado á las ventanas para ver á madama Gosse en sus glorias, instalarse en el brillante carruaje blasonado del conde de Puysaie.

La buena mujer no se había visto jamás en su vida tan honrada, y con el rostro encendido, llena de orgullo y timidez al mismo tiempo, apenas se atrevía á tocar con su augusta obesidad el raso azul celeste de los almohadones del coche.

En vano se esforzaba por tomar un aire desembarazado; pero al mismo tiempo, ¡con qué arrogancia dejaba caer sus miradas despreciativas sobre las envidiosas vecinas, anonadadas por la superioridad moral que acababa de obtener sobre ellas casi de repente!

— No sois vosotras, querian decir aquellas miradas, á quienes ningun conde vendrá á buscar en coche.

Y las mas envidiosas se veian obligadas á confesar que madama Gosse tenia unos amigos y unas relaciones bien originales.

Con el cochero delante y el lacayo detrás, el coche se puso en movimiento acompañado por un murmullo de admiracion y de envidia.

Durante toda la travesía de los Mercados, fué un verdadero triunfo.

Los pilluelos corrian delante como batidores y extendian la fabulosa noticia gritando :

— ¿Quién quiere, quién quiere ver á madama Gosse en carroza con un príncipe?

Y las verduleras dejaban sus puestos, los acarreadores se ponian de pié sobre los fardos, y los mozos de cordel y los demandaderos se agrupaban á la puerta de las tabernas para verla pasar.

Madama Gosse era muy conocida y popular.

No se ejerce la profesion de partera por espacio de veinte y cinco años en balde.

Así es que de buena gana hubieran gritado muchas, al verla pasar, como si fuera una princesa :

— ¡Viva la Gosse!

Nadie reparó en la casa de la calle de Rambuteau, en la

salida de dos señoras cubiertas con sus velos y acompañadas por José.

Buen tiempo tenian las vecinas para irse á ocupar de José y de las dos encubiertas, cuando les faltaba para ir á enviar á madama Gosse y á su brillante séquito triunfal.

Y sin embargo, lo erraban, porque este segundo espectáculo habría causado todavia mas asombro que el primero á aquellos que hubiesen fijado bien en él su atencion.

Madama Gosse en carretela, cierto que era un hecho curioso; pero lo era mucho mas todavia el ver á un simple oficial de cincelador vestido de caballero, dando el brazo con el mayor desembarazo á dos señoras encopetadas.

Solamente que este trio no tomó sino un simple coche de alquiler; y el pueblo corre siempre detrás de las carrozas doradas.

Un hombre parado en la acera de San Eustaquio, acababa de leer en aquellos momentos una carta.

— ¡Bah! exclamó encogiéndose de hombros; el conde viniendo en persona á buscar él mismo á Liliás para llevársela á su casa... ¡qué locura!... Vamos, Aurelia es como las demas; promete mas de lo que puede cumplir.

En aquel mismo instante pasaba por delante de él el carruaje que conducia triunfalmente á madama Gosse en medio de las aclamaciones verdulerescas del Mercado.

M. Gigant, que era este hombre parado, alzó la cabeza y reconoció á la comadrona Gosse sentada al lado del conde de Puysaie.

— ¡Ya!... exclamó asombrado. Vamos, está visto, esta mujer es el mismo diablo : de seguro es el asociado que yo necesitaba.

V

EL SECRETO DE M. GOSSE.

M. Gigant siguió mirando algunos instantes el carruaje, que tomaba la calle de los « Dos Escudos »; despues, volvió á sacar la carta que acababa de leer y metido en el bolsillo, y se puso á leerla de nuevo, con mayor atencion.

Esta carta no tenia sino unos cuantos renglones escritos con letra menuda y muy metida.

« Acordaos de nuestro pacto, decia, y haced vuestra obra : yo he empezado ya la mia, que facilitará la vuestra. Mañana irá el consentimiento de madama de P... Desde hoy mismo M. de P... irá á reclamar á Liliás á madama G... para llevársela á su casa. »

No habia firma. Solamente se veia grabado en la parte superior del papel, un elegante escudo con la divisa : *Fac et spera.*